

EL GRAN INCÓGNITO IBEROAMERICANO

Luis Barahona Jiménez




EDITORIAL
UCR

Edición y estudio introductorio

**Macarena
Barahona Riera**

EL GRAN INCÓGNITO IBEROAMERICANO

Luis Barahona Jiménez



Edición y estudio introductorio
Macarena Barahona Riera

PENSAMIENTO
POLÍTICO
COSTARRICENSE


EDITORIAL
UCR
2021



199.728.6

B224g Barahona Jiménez, Luis, 1914-1987.

El gran incógnito iberoamericano / Luis Barahona Jiménez; Macarena Barahona Riera, edición y estudio introductorio. –Primera edición.– San José, Costa Rica: Editorial UCR, 2021.

xxxi, 841 páginas. – (Pensamiento político costarricense)

ISBN 978-9968-46-881-7

1. BARAHONA JIMÉNEZ, LUIS, 1914-1987 – COLECCIONES DE ESCRITOS. 2. BARAHONA JIMÉNEZ, LUIS, 1914-1987 – PENSAMIENTO POLÍTICO Y SOCIAL. 3. BARAHONA JIMÉNEZ, LUIS, 1914-1987 – PENSAMIENTO FILOSÓFICO. 4. BARAHONA JIMÉNEZ, LUIS, 1914-1987 – CRÍTICA E INTERPRETACIÓN. 5. FILÓSOFO COSTARRICENSE. 6. FILOSOFÍA COSTARRICENSE. I. Barahona Riera, Macarena, editora. II. Barahona Riera, Macarena, introductora. III. Título. IV. Serie.

CIP/3539

CC.SIBDLUCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2021.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Esta edición respeta la ortografía de la época y el estilo del autor.

Corrección filológica: *Sofía Conejo A. y Euclides Hernández P.*

Revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A.* • Diseño y diagramación: *Cindy Chaves U.*

Fotografías de contenido y portada: *Anastasia Vityukova, Muhammadtaha Ibrahim, Kunal Tangal, Lucas Quintana, Hiep Duong, Kevin Laminto, Luz Fuertes, Puria Berenji, Bailey Torres y Ashkan Forouzani*, tomadas de www.unsplash.com

Diseño de portada: *Priscila Coto M.* • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: enero, 2021.

Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

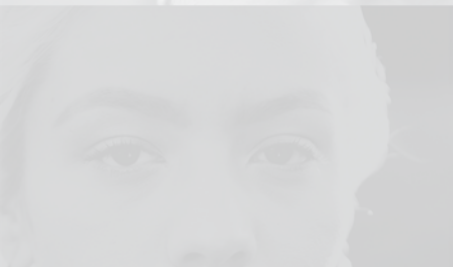
CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....	vii
<i>Arnoldo Mora Rodríguez</i>	
ESTUDIO INTRODUCTORIO DEL SER COSTARRICENSE AL SER LATINOAMERICANO.	
VIGENCIA DEL PENSAMIENTO DEL DR. LUIS BARAHONA JIMÉNEZ	xi
<i>Macarena Barahona Riera</i>	
OBRAS DE LUIS BARAHONA	
EL GRAN INCÓGNITO	3
ANATOMÍA PATRIÓTICA	107
PRIMEROS CONTACTOS CON LA FILOSOFÍA Y ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA GRIEGA	191
EL SER HISPANOAMERICANO	271
LA INDEPENDENCIA EN SUS DECANTACIONES HISTÓRICAS	475
LA INTELIGENCIA COMPENSIVA	481
CARTA A LOS IBEROAMERICANOS. NUESTRA SEGUNDA INDEPENDENCIA	595

ARTÍCULOS CRÍTICOS SOBRE LA OBRA DE LUIS BARAHONA

LO REAL Y LO IMAGINARIO O LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD, UNA APROXIMACIÓN AL PENSAMIENTO DE DON LUIS BARAHONA JIMÉNEZ. IDENTIDAD COSTARRICENSE E HISPANOAMERICANA	697
<i>Roberto Castillo Rojas</i>	
EL PROFESOR LUIS BARAHONA, UNA VISIÓN DE SU ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA	711
<i>Marcela Echandi Gurdíán</i>	
EL SENTIDO PATRIÓTICO. INTERPRETACIÓN DIALÉCTICA DEL SER COSTARRICENSE SEGÚN LUIS BARAHONA JIMÉNEZ	725
<i>Jaime González Dobles</i>	
500 AÑOS DE BÚSQUEDA: LUIS BARAHONA Y EL SER IBEROAMERICANO	795
<i>Luis Adrián Mora Rodríguez</i>	
LUIS BARAHONA Y LOS CLÁSICOS	807
<i>Hernán Mora Calvo</i>	
LA MENTALIDAD COSTARRICENSE O LA GRAN INCÓGNITA: BREVES NOTAS PARA UN ESTUDIO DE LA OBRA DE LUIS BARAHONA JIMÉNEZ	819
<i>Esteban Rodríguez-Dobles</i>	
EL GRAN INCÓGNITO Y EL COSTARRICENSE: DOS MOMENTOS DEL DISCURSO FILOSÓFICO COSTARRICENSE	827
<i>Alexander Jiménez Matarrita</i>	
ACERCA DEL AUTOR	841

OBRAS
DE **LUIS BARAHONA**



EL GRAN INCÓGNITO¹

PRÓLOGO

■ IDEAS PARA UNA REINTERPRETACIÓN DEL SER COSTARRICENSE

Hacia 1941 terminé la redacción de este libro, al que puse el título de *“El gran incógnito”*; por una sugerencia que me hiciera el General Volio, lo publiqué por entregas en la Revista de los Archivos Nacionales con el subtítulo, “Visión interna del campesino costarricense”. Mi mayor preocupación era la de presentar a nuestro campesino, no sólo en su imagen física externa, sino, sobre todo, en su dimensión humana interna. Luego escribiría sobre el hombre de la ciudad y sus problemas, para terminar con unas notas sobre los aspectos básicos del ser costarricense. Esta es la razón de que se hayan recogido en este volumen dos ensayos más, aparte de “El gran incógnito”: “Anatomía patriótica” y “Tres notas sobre el carácter costarricense”.

Ahora bien, me ha parecido conveniente aportar algunas ideas para facilitar la comprensión y ubicación de los ensayos que ahora se publican y, sobre todo, del ser costarricense o siquiera de su caracterología esencial. La primera es que *“El gran incógnito”* refleja una realidad que corresponde al primer tercio de nuestro siglo; los otros dos ensayos reflejan la realidad nacional posterior, esto es, hasta 1970, aproximadamente. Por lo que considero que haría falta una reinterpretación de la realidad actual –hoy la historia marcha a un ritmo vertiginoso–, para tratar de ver cuáles son las variantes que se observan en los modos de vida y en las características fundamentales del campesino. Al mismo tiempo, haría

1 Esta versión corresponde a la edición de Barahona Jiménez, L. (1975). *El gran incógnito*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.

falta ejecutar un cotejo de la vida urbana nacional a todo lo largo de este último tercio de siglo para poder determinar las notas más constantes del ser nacional. El pequeño análisis que ofrezco a continuación responde a esta idea y puede servir de proyecto para elaboraciones científicas y eruditas ulteriores.

■ LOS MESTIZAJES

En primer lugar y como elemento básico tenemos el ingrediente hispánico, que con el correr del tiempo, ha venido a constituir la casi totalidad de nuestra población, sobre todo en el área central del país. Durante cuatro siglos, a partir de la fundación de Cartago, ha predominado la sangre de origen español y con ella el idioma, la religión, los usos, los costumbres, y en parte, las estructuras sociales y políticas sobre cualquier otra sangre, color cultura o subcultura. A finales del siglo diecinueve y a todo lo largo de lo que llevamos del presente esta hegemonía se ha extendido hasta las nuevas poblaciones que han surgido al sur y al sureste del valle central, pero, a su vez, se ha matizado un tanto con el surgimiento de las que podríamos llamar subculturas marginales, a saber, la limonense y la guanacasteca. Por lo que podemos decir que los ingredientes primordiales que han puesto la base de la población costarricense son: el hispánico, el indígena y el negro. En proporción menor han influido, por su orden, el europeo, el asiático, el norteamericano y el latinoamericano procedente de países situados fuera del área centroamericana, pues el aporte centroamericano, sobre todo nicaragüense y salvadoreño, después del terremoto de Managua, es torrencial.

A partir de los ingredientes básicos, se fueron operando varios mestizajes que todavía hoy continúan. Por lo menos, hasta finales del siglo dieciocho, no terminó el mestizaje hispanoindio que dio como resultado un predominio del elemento blanco en todo el país, especialmente en el valle central. Simultáneamente empezó también el mestizaje hispanonegro y el indonegro, por lo que a la larga resulta casi imposible que en nuestro torrente sanguíneo no circulen al lado de la sangre de los conquistadores, la de los indígenas y al menos algunas gotas de la vigorosa sangre negra.

Durante el siglo diecinueve, vinieron varios miles de negros procedentes de las Antillas y se establecieron a lo largo del litoral atlántico. Al correr de los años esta población de color incrementó el mestizaje tanto

en la Provincia de Limón como en las poblaciones del interior del país, donde se trasladaron varias familias en busca de mejor vida.

En la provincia de Guanacaste el mestizaje logró preservar más los rasgos y las influencias indígenas, posiblemente porque la lejanía de aquellas tierras debilitó la acción colonizadora. De esta manera se originó un tipo que difiere en algunos aspectos físicos, biológicos y psicológicos del tipo “cartago” que ha predominado en la meseta central.

■ CULTURAS Y SUBCULTURAS

Llamo subcultura, en primer lugar, al producto que se deriva del mestizaje cultural hispánico e indígena-guanacasteco en cuanto no ha constituido la base de la cultura nacional, sino que más bien se ha sobreañadido, a manera del matiz o de influencia, a la cultura de la meseta central, especialmente a partir de la segunda parte del siglo veinte con la apertura de nuevas vías de comunicación con el interior. En un segundo lugar vendría la subcultura limonense, mucho más atenuada que la anterior y producto de un segundo mestizaje cultural por cuanto se realiza entre mestizos, esto es, entre los pobladores del valle central e individuos de raza negra, o mejor, entre la cultura “taga” y la subcultura “limonense”. Un poco más a la distancia, habría que situar una pequeña influencia aborígen procedente de la reducción indígena de Talamanca sobre la población de la provincia de Limón, ya que sus contactos se han realizado siempre con esta provincia.

La cultura dominante podríamos decir que se ha mantenido casi aislada, por lo menos hasta finales del siglo diecinueve; a partir de entonces se ha ido incrementando el intercambio con las zonas marginales del este y del oeste, en la medida en que han ido mejorando las vías de comunicación que en estos últimos años se llevan a cabo por aire y por tierra diariamente, sin tomar en cuenta otros medios, como el telégrafo y el teléfono. Es así como en estos momentos, se nota cierta presión procedente del Guanacaste, la cual acusa su presencia sobre todo al través del intercambio personal, pero sobre todo por medio de la prensa y de la literatura. Podríamos hablar, también, de interinfluencias, pues a la que se recibe hay que agregar la que se ejerce, predominando esta última, dado el mayor desarrollo de la cultura “cartaga”. Sin embargo, no debe minimizarse la subcultura “llanera”, porque ésta tiende a crecer conforme aumenta el desarrollo de aquella provincia.

Las influencias provenientes de la vertiente atlántica, con ser menores que las del Guanacaste, tampoco deben ser ignoradas; desde hace unos cuantos años han dado muestras de vida y últimamente han ensayado diversos tipos de expresión artística, sobre todo en la danza, en la poesía y en el cuento, logrando el aplauso popular, en unos casos, y el estímulo de la crítica literaria, en otros.

Llegamos, pues, a la conclusión de que las subculturas marginales nacientes actúan en forma cada vez más insistente y penetrante en el cuerpo y en el espíritu de la cultura dominante y aun cuando todavía no sea posible realizar una cuantificación de la misma, es cosa segura que a finales de siglo ésta se tornará más patente, integrando sus valores en el torrente de la cultura nacional, con lo que contribuirán a una mayor matización y enriquecimiento de la misma. Pero, a la vez, con la cultura variará el hombre, lo que obligará a los estudiosos a efectuar un análisis completo de sus rasgos más característicos, tanto desde el punto de vista sociológico, como psicológico y filosófico; sólo así será posible entonces formarse una idea aproximada del campesino y de el hombre de la ciudad y, sobre todo, del tipo representativo del costarricense medio, con sus virtudes o cualidades y sus defectos.

Espero que los anteriores planteamientos puedan contribuir en alguna medida a una interpretación del ser costarricense y a la vez, para que el lector de mis ensayos pueda situarlos en la perspectiva histórica que les corresponde.

Son Blanquerna, Moravia, 8-IX-1974

■ EL GRAN INCÓGNITO

He aquí la locura de nuestra historia: navegamos con las velas desplegadas, mar adentro, sin conocer la profundidad que nos soporta ni la naturaleza de los vientos que corren. Padecemos la embriaguez de la ignorancia por cuya causa vamos dando tumbos año con año, y quién sabe si lo haremos a lo largo de los siglos, pues que la vida de los pueblos suele contarse en largos y dolientes periodos de angustia. Ignoramos lo que somos porque no sabemos lo que fuimos y menos nos preocupamos por lo que seremos. Triste realidad la de un pueblo que no puede enorgullecerse de sus glorias pasadas, porque las ignora, porque no vive los ideales, las ansias

de la comunidad porque su individualismo lo ciega; que no sueña con un futuro de dignidad y grandeza porque las proyecciones de su personalidad no alcanzan a superar la satisfacción sanchesca del aquí y del ahora.

Nuestra historiografía apenas si ha sido obra de cronistas más o menos informados; nuestra historia permanece inédita en su parte esencial; el alma del pueblo, que pide un análisis hondo de su personalidad. Asistimos, con la humanidad entera, a una revisión total de valores, y la historia, memoria y conciencia de los pueblos, debe contribuir como la que más a la entronización jerárquica de los valores del espíritu; ella con su ejemplo, que de nada vale la cronología y el relato de los hechos, sin una crítica de los mismos, sin valorización humana trascendental de los hechos del pasado.

Igual cosa hay que cobrarle a la pedagogía, a la sociología, al arte, a la política, y en general, a toda disciplina superior que busque el espíritu para conocerlo y enaltecerlo mediante la verdad y la belleza. Por todas partes palpamos la misma pobreza, la misma carencia de información seria que permita, a quienes nos preocupamos en esta hora por conocer mejor nuestras cosas, elaborar una sociología auténticamente costarricense, base indispensable para la reconstrucción moral y material de esa Costa Rica que todos anhelamos.

El Gran Incógnito está allí y tiene un símbolo, un símbolo irónico si se quiere, el Soldado Juan. Juan Pueblo debería llamarse, pues nadie ha tenido un destino tan paralelo como estos dos personales que, para nuestro mal, permanecen en la penumbrosa hornacina del mito.

¿Por qué no ahondar un tanto en el estudio de esta *alma concha*, por qué no volver los ojos hacia allí donde a todas horas se teje y desteje la psiquis nacional? ¿Es que acaso no valemos tanto como otros pueblos que sí se buscan y se saben encontrar, enderezando luego su conducta colectiva a planos superiores de cultura y de vida espiritual? Todos los pueblos tienen alma, pero esta alma no se revela sino a quienes la saben buscar. Es necesario dirigir las miradas libres de prejuicios al campo, al hogar concho, ese recinto sagrado donde se desenvuelve su espíritu libre de complicaciones, donde vive sus alegrías y angustias y donde suele forjar su voluntad y carácter, bueno o malo, hasta llegar a ser lo que es un campesino nuestro.

Descorramos el velo y analicemos cariñosamente, con el amor y cariño de nuestros viejos bardos costumbristas, esta alma, por tantos títulos noble e hidalga, cristiana y valiente, que nos sale al paso del tiempo en tiempo montada en su yegüilla, con la cruceta al cinto y el sombrero levantado, para decirnos que no la olvidemos, que allí está dispuesta a dar y recibir cuando de verdad suene la hora de su redención.

A los jóvenes nos toca esta labor. A nosotros que vivimos el verdadero amor patrio, por cuanto aún no hemos manchado la blanca estola de nuestras conciencias con acciones indignas, antipatrióticas. El futuro de Costa Rica está germinando a todas horas en los surcos bañados por el sudor de nuestros “labriegos sencillos” y debemos hundir nuestras almas en el negror de la tierra fecunda para tomar las fuerzas que ya nos van faltando, y a la vez, para dar la ración de justicia y de verdadera cultura que indudablemente necesita nuestro pueblo.

La patria es el pueblo, pero el pueblo conocido y que se conoce, no el pueblo inédito, el gran incógnito que en la angustia de su anonimato suele estampar rúbricas de sangre en las páginas sórdidas de la historia.

■ NOTA

No pretendo haber logrado una síntesis de nuestro campesino, ni en su vida ni en su carácter. Estas observaciones son tan mías, que no pueden tener jamás el valor de lo comparado, criticado y vuelto a comparar, como ocurre con los objetos de general experimentación. He sido franco y aunque incurra inconscientemente en puerilidades, superficialidades u otros defectos mayores, no por eso retiro ni apreciación. Por demás está decir que tales apuntes deben retocarse, pues no soy de lo que creen que la perfección, siquiera relativa, sea dable a quien escribe con premura y de una sola plumada, como lo he hecho en este trabajo. Adelante vendrán los que digan, haciéndose dignos representantes de la verdad, dónde la hay y dónde no, dónde señalo la realidad, dónde tan sólo conceptos unilaterales forjados por mi fantasía. Pero que sirvan estos juicios de material, o siquiera de incentivo, para la labor reposada, inteligente y bien dirigida de quienes están en la obligación, por su cultura, edad y experiencia, de darnos en un estudio completo y exacto, la imagen de lo que somos, abriendo así el capítulo virgen de la sociología costarricense, que tanto necesitamos para dirigir el espíritu de nuestra nacionalidad por rumbos seguros, evitando los escollos en que solemos tropezar por el desconocimiento casi absoluto en que vivimos de la realidad nacional.

Al tiempo me atengo y a su fallo.

EL AUTOR
Cartago, Julio del 43

■ EL AMBIENTE GEOGRÁFICO

Desde niños, traemos grabada en la imaginación la forma caprichosa de nuestro pequeño país. Semejante al toro que en las pampas guanacastecas levanta el polvo con sus patas y baja los cuernos para lanzarse a la carga, así aparece en los mapas esta tierruca de paz. Dos océanos la arrullan y dan frescor con sus brisas; de tarde en tarde; fuertes chubascos la obligan a guarecerse bajo los llovedizos techos de sus árboles silvestres.

Casi todo el territorio está cubierto por montañas y altos valles, con sólo dos extensas llanuras penetrables desde la costa, por lo que vence en todo, lo áspero y empinado sobre lo suave y blando del paisaje.

Ambas costas tienen magníficos abrigos, especialmente la que baña el Océano Pacífico. De allí que este litoral ofrezca una mayor penetrabilidad, pues son abundantes las ensenadas que permiten sujetar el comercio nacional e internacional, con lo que poco a poco el país adquiere riquezas costeras que marcan simultáneamente el desarrollo de las poblaciones adyacentes. A más de esto, la circunstancia providencial de estar situada en el corazón del Continente Americano le destinó todo un porvenir de riqueza y cultura desde la época precolombina, sirviendo de “*Meeting Ground*” de razas, culturas, idiomas, religiones, sistemas artísticos y geográficos.² Durante la colonia se la incorporó al Reino de Guatemala, más tarde se la consideró sudamericana en adjudicación hecha a Nueva Granada.

No hay sino un solo sistema orográfico, dividido en su parte central por un doble valle. La Meseta alcanza una altura media de 1300 metros, con un área de 2000 kilómetros cuadrados: 20 kilómetros de anchura por 70 de longitud, clima fresco y agradable.³

La Meseta reúne la población;⁴ en ella se hallan las mejores ciudades, los mejores cultivos y las industrias más desarrolladas. Efectivamente, la historia de nuestra nacionalidad ha evolucionado alrededor de este único centro: la Meseta; de aquí que nuestra cultura sea una cultura de meseta. El estudioso profesor don Carlos Monge Alfaro llega a la conclusión de que: “En efecto, la vida total del país se concentró en la Meseta Central. Este último fenómeno hizo muy fácil el desarrollo de la nacionalidad

2 S. K. Lothrop: “Pottery of Costa Rica and Nicaragua”. Cita de los “Apuntes sobre la población precolombina de Costa Rica”, Rubén Iglesias Hogan.

3 “Aquí reina en efecto una eterna primavera y clima más saludable apenas podría hallarse en el mundo”, H. Polakowsky. “La República de Costa Rica en Centroamérica”. Revista de los Archivos Nacionales de Costa Rica.

4 La pueblan 450 000 habitantes, tres cuartas partes de la población total del país.

costarricense; ese proceso espiritual y material, no halló los obstáculos que en otras sociedades. La Meseta Central ha determinado en parte muy importante, la vida y costumbres del costarricense en forma tan intensa que se ha ido extendiendo poco a poco por todo lado el país a pesar de las diferencias geográficas”.⁵

Escribe Jules Blache que en América las llanuras templadas han concentrado la vida humana.⁶

En Costa Rica fue necesario que los primeros pobladores europeos buscasen los valles para el establecimiento de la vida civilizada.⁷ Pues no contando con recursos suficientes para iniciar la exploración de las montañas altas y siendo por otra parte gente de llanura hallaron muy bien dispuesta la meseta para el género de vida a que estaban acostumbrados. ¿Para qué luchar con la aspereza si el paraíso de Dios, regado por mil fuentes, estaba allí aparejado con toda clase de comodidades para la vida? Un poco de esfuerzo y las aldeas, las ciudades, los cultivos, surgirían como por ensalmo a lo largo de la planicie. Razón sobrada tenía Vázquez de Coronado para entusiasmarse a la vista del Valle del Guarco:⁸ “Vi el asiento dice, parecióme bien y no he visto otro mejor en estas partes, excepto el de Atrisco en Nueva España. Tracé una ciudad en aquel valle, en un asiento junto a dos ríos. Tiene el valle tres leguas y media en ancho; tiene muchas tierras para trigo y maíz; tiene el temple de Valladolid, buen suelo, y cielo”.

Poco a poco la planicie ha ido influyendo en los moradores. De vivir tranquila, aunque pobremente, se originó un modo de ser que el pueblo inconscientemente fomentaba, transmitiéndolo a las nuevas generaciones. La agricultura, el cultivo, en buena parte heredado de los aborígenes, contribuyó a retener cada vez más al hombre hasta el día en que aparece la aldea, o mejor, la hacienda, base de la vida civil y piedra fundamental de nuestra nacionalidad. Actualmente el espíritu aldeano, agrícola, domina hasta en las ciudades; no se pueden establecer con fundamento real diferencias marcadas entre el tipo urbano y el rural; la ciudad y el barrio

5 Carlos Monge Alfaro, “Geografía Social y Humana de Costa Rica”, pág. 8.

6 Les plaines tempérées jouent aujourd’hui en Amérique, un rôle de concentration beaucoup plus exclusive encore que dans la vieille Europe, par rapport aux montagnes tempérées restées presque vides. “L’Homme et la Montagne”, pág. 152.

7 En la época precolombina las tribus poblaban la totalidad de nuestro territorio. Véase. Rubén Iglesias Hogan. “Nuestros Aborígenes”, pág. 58.

8 “Guarco viene de nahual: Quálean (de quelli: bueno conveniente y con sufijo que indica lugar, tiempo y parte). Quálean o Guarco: lugar bueno, o según dice el Padre Alonso de Molina, “lugar abrigado y decente”, como lo es, en efecto, el valle de Cartago”. Rubén Iglesias Hogan. “Nuestros Aborígenes”, pág. 22. Tales etimologías denotan que la meseta interior había influenciado íntimamente la psiquis indígena, condicionando su propio desarrollo cultural.

se identifican a poco andar; por todas partes vemos las mismas gentes, las mismas costumbres; el mismo apego al hogar, las mismas relaciones sociales, la misma riqueza, el mismo ambiente natural.

Es en estos últimos años cuando aparecen los primeros síntomas de una nueva etapa cultural. En efecto, se ha terminado el proceso de cultivo y desarrollo de la Meseta. La ganadería ha ido escalando las alturas, el latifundismo ha provocado el éxodo rural, la carreta ha terminado de comunicar los pueblos más distantes del interior, adentrándose en la selva.⁹ Por lo que es de esperar una etapa en la que la montaña, la altura formidable, se constituya en foco de nuevas orientaciones culturales. Ya en el siglo XIX, las gentes que vivían en los extremos de la Meseta Central, acostumbradas a internarse en la selva, colonizaron la montaña llegando a lugares tan apartados como San Pablo y San Marcos de Tarrazú, Santa María de Dota, El Copey, El General, Sarapiquí, San Carlos y Santa Clara. Hoy, todo parece indicar que el país va irradiando sus energías del centro a la periferia, de la llanura a los cerros y de éstos a la zona virgen.

Desde luego, las nuevas modalidades que con el tiempo han de operarse no podrían ser del tipo netamente montañosas, como se observa en otros países, pues allí se han ido formando en el aislamiento secular. Las corrientes modernas que llegan a la selva y suscitan su incorporación a la vida del pueblo, por disponer de rápidos medios de comunicación, mantendrán el predominio de la vida preformada en la llanura, aunque como es natural, modificándose ésta de conformidad con el ambiente y las circunstancias.

De todos modos es de prever que la explotación forestal, y más tarde el incremento agrícola y ganadero, habrá de influir directamente en la vida de la altiplanicie, determinando a la postre un nuevo equilibrio de valores culturales, que por sí mismos habrán de modificar hasta la médula la peculiar manera de ser de los costarricenses.

La influencia del ambiente en la formación del carácter criollo y el sentido democrático de nuestra historia se puede resumir, como arriba dijimos, en la Meseta. Es a su pequeña altura, clima, fertilidad, hidrografía y demás buenas condiciones a lo que obedecieron el fundador de Cartago y los que después vinieron, echando los trazos de nuevas villas y ciudades, reconociendo, al lado de su hermosura y extensión, todo el porvenir que la aguardaba. Creo que si nuestro país hubiese sido montañoso en todas direcciones, poco habrían podido hacer los conquistadores,

9 Esto ocurre todo con la carretera Panamericana.

malográndose la colonización; pero con el descubrimiento de Cavallón se abre la primera página firme de nuestra historia; es este el hecho el que asegura la conquista de nuestro suelo, el que arroja la primera simiente de cultura y patria de paz y consolidación doméstica y aldeana; en una palabra, el descubrimiento de la Meseta Central es el descubrimiento de Costa Rica.

Las ciudades, por su pequeñez y proximidad, son en realidad pueblos de una sola provincia, hijos de una sola familia, y como antaño poseedores de una misma heredad. Por eso no disentimos los de acá de los de allá; las riñas que la historia nos cuenta son riñas de hermanos más que de provincianos: la hermana mayor pelea por su dote y privilegios y las otras, por esto o contra esto, del mismo modo que en toda familia cacarean las hembras y gruñen los machos por el más o el menos de la ración de comida: cosas de gente no adiestrada en normas de pulcritud y buenas maneras.

Todo lo demás: costumbres, creencias, habla, leyenda, etc., es un resultado de la sangre¹⁰ y del ambiente, del ascendiente étnico y geográfico. Somos indoespañoles pobladores de pequeñas llanuras, no rústicos y ásperos como el roble, no amplios de mirada como el mar y despejados de alma y corazón como el cielo, no pujantes, ricos y hermoeados de recia virilidad, como nuestras selvas vírgenes, sino débiles, rutinarios, apegados demasiado a la cocina. La llanura es hermosa, “abondada de mieses, deleitosas de frutas, sabrosa leche y de todas las cosas que de ella se hacen; llena de venados e de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos”, como dijera de España el Rey Sabio; si bien no es dilatada, capaz de nutrir pueblos numerosos, ambiciosos y tenaces. Se justifica, por otra parte, el amor entrañable que se le tiene y el heroísmo de quienes la han defendido;¹¹ ella nos alimenta, nos da vida propia, nos independiza hasta el egoísmo mediante la posesión de la pequeña finquita. Pero, en cambio, por las facilidades que proporciona en todo sentido, el tico carece de ambiciones y de competencia para los grandes esfuerzos y de constancia en sus labores sostenidas.

10 Había cuenta de que la raza aborígen apenas si ha influido en el desarrollo nacional por la sangre, creo que sería infructuoso hacerla objeto de estudio en el presente trabajo; “es sabido, dice Rubén Iglesias Hogan, que fue la población de la Meseta Central la que impuso sus normas y formó la nacionalidad costarricense, y que esta población está integrada por una gran mayoría de gentes de ascendencia europea, en la cual el factor indígena apenas es detalle que no puede tomarse en cuenta para analizar su desarrollo como colectividad. “Nuestros Aborígenes”, pág. 10.

11 “Los ticos aguantan todo, mientras no les toquen la tierra en que viven y sus libertades tradicionales”. Ricardo Jiménez. “Diario de Costa Rica”, del 17 de mayo de 1943.

Decía que de la parcelación del territorio proviene el sentimiento de independencia y, aún más, el sentido democrático que palpita en nuestra organización social. Debe atribuirse, si es lógico tal democratismo, entre otras causas, a la influencia geográfica de la Meseta.

Acertadamente, explica este punto el profesor Monge Alfaro: “En este sentido, la Meseta Central por su pequeñez, por los rebordes montañosos que encierra, por su especial historia, ha sido y es tierra de democracia; el labriego formó su hacienda, vivió pobre, sin conocer la cultura ni la civilización, y sobre su escuálida figura pasaron los siglos coloniales y pobre entró en la república. Nadie acaparó tierras para sí, todos poseían su parcela. Muy lejos de las iglesias llevaron vida, en muchas ocasiones, de ermitaños. Pasaron centurias y no salieron de sus ranchos. Pegados al suelo crearon un mismo nivel moral y social. Por eso, no hubo clases orgullosas de su riqueza, de sus nobilísimos orígenes. Fueron simples campesinos de elemental vida aldeana: he aquí a los hombres en cuya conciencia sólo sentimientos de igualdad nacieron; he aquí a los hombres por los cuales Costa Rica se explica y se siente; he aquí a los hombres gérmenes y fundamento de nuestra democracia. La Meseta Central fue como un solar en donde la familia costarricense evolucionó desde el primitivo colono hasta el ciudadano de hoy día”.¹²

Resumiendo la influencia ejercida por el accidente geográfico, debemos concluir que la Meseta Central explica nuestra historia de tal forma, que todo lo comprende, desde la incipiente población de Vázquez de Coronado hasta la actual República de Costa Rica, desde el concho hasta el hombre de ciudad, desde el presidente de la nación hasta el simpático jornalero, desde la sirvienta hasta la matrona: el estudiante, el obrero, el maestro, el niño, el anciano, todos, hijos del mismo suelo, criados en la misma zona, alimentados, cobijados y educados por ella, estamos cortados por un mismo molde y no podemos prescindir de su influencia de sus horizontes, de su cielo, de su clima.

Toca ahora iniciar un capítulo donde se describan los principales tipos de aldeanos. Pero, antes de seguir adelante, debo hacer hincapié en que esos tipos no se pueden comprender si no se sitúan en el marco natural en que les ha tocado vivir. De aquí el que estas páginas vengán a prece-der el estudio del *concho*. El ambiente geográfico: cielo, aguas, tierra, flora, fauna, clima, relieve; las modificaciones que el hombre introduce ceñido a las condiciones de la naturaleza, la historia, o mejor, la cultura anterior

12 Carlos Monge Alfaro, “Geografía Social y Humana de Costa Rica”, pág. 10.

impuesta por la altiplanicie, etc., explican maravillosamente bien las notas dominantes de los ticos, los caracteres diferenciales que estilizan nuestros modos de ser. Hay caracteres en nuestras costumbres, en el habla diaria, en los hábitos de la mayoría, en las manifestaciones artísticas y religiosas que han nacido bajo el imperativo geográfico, a tal punto, que han dado origen a un mismo tipo de medio espiritual y social de hombre en toda la Meseta.¹³ Los caites, el machete, la realera, el pañuelo floreado, el sombrero de paja, el puro, esos útiles que adornan el aspecto físico del campesino tico denotan el ambiente y cuadran tan bien con él que dan la sensación inmediata de lo criollo, de lo autóctono. Considero que estas breves consideraciones han de hallar una mayor verificación en los capítulos posteriores, hasta tanto no se escriba un estudio detenido del papel psicológico que ha ejercido la Meseta entre nosotros a la manera como se hace en Europa.¹⁴

■ CARACTERES TICOS

Ya he dicho que de motivos geográficos derivan los principales móviles que han intervenido en nuestro desarrollo urbano y rural. El pueblo, influido por estas mismas circunstancias, ha ido formando y desenvolviendo su carácter, al abrigo de la tradición y de las nuevas condiciones de vida.

Hasta hoy, nadie ha escrito de propósito sobre este tema, excepción hecha de quienes en prosa o en verso y con una visión muy urbana han escrito “concherías”, de manera que todo está por hacerse en cuanto a análisis y síntesis en orden sociológico.¹⁵ Nos queda sólo el punto de vista personal y alguna que otra página de interés recogida en la heterogénea literatura nacional.

13 Carlos Monge Alfaro, “Geografía Social y Humana de Costa Rica”, pág. 16.

14 Véase por ejemplo, la colección de “Géographie Humaine”, dirigida por Pierre Deffontines.

15 Razón tiene el fundador del Partido Unionista Centroamericano, cuando dice: “Nuestras librerías rebosan de estudios sociológicos sobre diferentes países de Europa, sobre los Estados Unidos, el Japón y aún sobre México, la Argentina o Chile; pero nada se halla relativo a Centro América considerada en su conjunto o cualquiera de las secciones en que políticamente se divide hoy. Nuestros intelectuales tienen a mucha honra conocer el movimiento social y político de alguno de esos países; pero les importa un ardite conocer nuestras peculiaridades, estudiarlas detenidamente y publicar después el resultado de sus investigaciones”. Salvador Mendieta, “La Enfermedad de Centro América”, pág. 17.

Me parece oportuno hacer aquí un llamado a estudiosos y artistas para que vuelvan los ojos a la patria, la estudien y la den a conocer a quienes por su extranjerismo no están obligados a poseer una cabal idea de lo que somos.¹⁶ Cuánto podría ganar el arte nuestro,¹⁷ por ejemplo, si volviera sus miradas hacia esos horizontes silenciosas de nuestras selvas, donde andan con paso errante las fieras, donde vuelan descuidadas las aves, donde se escucha penetrante y misteriosa la voz de los pájaros, donde en impetuoso tumulto se despeñan los ríos, donde en fin, se sorbe vivo y palpitante un paisaje autóctono que habla al espíritu el lenguaje de la musa salvaje. También se enriquecería el arte en el ambiente normal de la vida, al lado del hombre que lucha, del hombre que sufre, del hombre que canta. ¡Cuántas sugerencias vienen del pueblo! A cada paso el consejo en un refrán que viene como anillo al dedo, pues, “Dios tiene cuidado de volver en sabiduría los sufrimientos del pobre”, como me dijo cierta vez un campesino; a cada bocanada de humo el chiste picante o la historia embrujada y misteriosa. Hay quien sabe la historia de diez generaciones, quien conoce los secretos del indio y al “contra” para los “males”, el modo de ahuyentar los espíritus selváticos que pierden al viajero entre laberintos y precipicios. La novela hallaría amplio escenario, resortes dramáticos de primer orden capaces de salvar nuestra prosa manida y ramplona, colocándola al lado de la más conspicua en punto a géneros novelescos.¹⁸

Basten estas breves observaciones descaminadas un tanto del tema principal, pero obligadas por el vacío que he encontrado a la hora de iniciar estas observaciones. Volvamos a lo que nos interesa, al “concho”, como lo llamamos en el habla familiar.

“Concho” es abreviatura de Concepción, nombre muy común en nuestro pueblo, tal es la opinión del sabio filólogo Gagini, y debe ser así, como que el nombre de Concepción aplicado a la mujer, deriva el de Concha y Conchita. Pero “concho” significa ante todo, “rústico, palurdo, hombre

16 Da vergüenza que los extranjeros se hayan preocupado más por nuestras cosas que los propios hijos del país. Ahí están los trabajos de: W.E. Curtis, G. Bovallius, F. Belly, Anthony Trollope, Wagner y Sherzer, J.L. Stephens, J. Hale, Dr Sapper, A. Tonduz, Bullow, Kurtze, Streber y Delius, H. Pitter, Juan F. Ferraz, W.M. Gabb, Thiel, R. Glasgow, Dunlop, Wilhelm Marr, E.G. Squier, F.S. Astaburuaga, T.F. Meagher y de tantos otros más. Consúltese la bibliografía recogida por Pablo Biolley, que constituye un arsenal de riquísimas noticias sobre el país y que guardan al hombre dispuesto a construir una síntesis con mirada científica de nuestra nacionalidad.

17 En la exposición de 1943 la Escuela de Bellas Artes ha presentado estilizaciones de flores y de animales nuestros, de gran belleza decorativa.

18 Es de notar que ya se empieza a sentir una fuerte corriente nacionalista, en nuestra novela al menos, acusadora de una mejor valoración de lo propio, aunque, todavía seguimos esperando la obra definitiva que interprete profundamente el complejo íntimo del “concho”.

sencillo del campo”. El sentido preciso que el pueblo deposita en sus palabras, el uso y la tradición, han consolidado la generación del nombre propio, equivaliendo a un término de nueva significación: “Concho” no es ya Concepción, sino campesino.

El “Concho” es el tipo humano representativo por excelencia de Costa Rica. Léanse las siguientes líneas escritas en 1858 por Thomas Francis Meagher a propósito de los carreteros que hacían por entonces el tráfico con el puerto de Puntarenas. Ellos nos pondrán en camino de ir descubriendo sus características: “En todo el camino nos llamó grandemente la atención la viva inteligencia, la actividad, la intrepidez, el semblante despierto y la gentileza de los muchachos costarricenses.

Muchos de ellos guiaban las carretas cargadas de café, tropezando alegremente al lado de los bueyes corpulentos, por muy áspero y resbaladizo que estuviese el camino, y llevando la yunta con la destreza de carreteros avezados por los peores desfiladeros, las cuestas más escarpadas, los recodos más estrechos; venciendo con experta y valiente sagacidad todas las dificultades de la jornada. A veces, revelaban galantemente a los hombres viejos que venían desocupados detrás de las carretas, a pie o en mulas, o dormidos dentro de ellas sobre los sacos de café, en tanto que los chicos blandían el chuzo el cetro del camino. Y no era tan sólo a lo largo de esta carretera, ni en este trabajo opresor que se portaban con tanto lucimiento. En todo el país, en los campos, en el mercado, en la selva, en medio de la más afanada muchedumbre, en la soledad más completa en todas partes eran los mismos muchachos despiertos, expeditos, arrojados, incansables. Son para el país una fuente de salud y una corona de joyas que no tiene precio”.¹⁹

Comprobemos estas observaciones analizando el sistema de vida, el acomodo hogareño, las clases de trabajo y toda la industria que el campesino sabe usar para “ir pasando”, como suele decir.

El “jornalero” es la ocupación de la gran mayoría. Cada afincado necesita cierto número de peones que le asistan su tierra en la labranza, en la siembra y en la recolección de las cosechas. Además, la industria lechera demanda brazos que cuiden de los potreros, los animales y los establos. Muy de mañana, antes de que amanezca, se ilumina la casa del peón; las mujeres encienden una candela y despiertan a los hombres; arrebujadas en cualquier trapo viejo y sin despabilarse, van a terminar el último sueñito al lado de los tizones. Pronto se calienta el agua, se lavan los trastos y

19 Th. P. Meagher. “Mis vacaciones en Costa Rica”. Traducción Ricardo Fernández Guardia.

mientras hierve el caldero, raspan el “dulce” y empiezan a moler la terrible ración de maíz cocido. Con las primeras tortillas se bebe el aguadulce; pronto se calientan los frijoles, se “somallan” las hojas de plátano y se envuelve el “gallo” de los muchachos. En un par de alforjas de vistoso cáñamo se acomodan las botellas, las tortillas, la sal, el terrón de dulce, y ¡al camino! Tal vez la finca a donde van no esté muy lejos, pero no es raro que saliendo de casa a las cuatro de la mañana apenas a las siete, hora en que, ya algo cansados, empiezan su duro trabajo.

Hay un sistema que desde antiguo se practica en los cafetales y otras plantaciones. Consiste en “arrimar” el surco o la calle, como dicen los peones. Se coloca a la cabeza de la peonada un “orillero”, el más fuerte, ligero y hábil de los mozos; éste adelanta el trabajo cuanto puede para que al acabarse el día quede terminado un buen “corte” de trabajo; los demás han de “arrimar” sus calles o surcos hasta donde aquél lo hizo. Naturalmente que este sistema es de gran utilidad a los patronos que, sin objeciones del elemento humano, obtienen un rendimiento constante del trabajador. Pero, no todo en ello es justo. Hay que notar las distintas contexturas, las diversas edades, el estado de salud y de alimentación, lo raquítico del jornal y tantas otras razones de índole fisiológica y moral que diferencian las capacidades individuales. No es raro el caso de que el niño, aún no desarrollado y acostumbrado a tales fatigas, termina su trabajo ya entrada la noche, o el del anciano achacoso a quien ayuda algún hijo o amigo para que “arrime” siquiera con las últimas luces del día.

Pero a pesar de todo la jornada es placentera. De cuando en cuando, alguno suspende el trabajo, se endereza despacio con el ceño contraído por una ráfaga de dolor que siempre se experimenta en la cintura, y con la cara bañada en sudor, el pelo en la frente y el sombrero echado atrás, cuenta un lance de la noche anterior en que se suele quedar mal parado el amigo que trabaja al lado, el “güila” que trae los almuerzos, el viejo que gruñe a sus espaldas o el patrón obeso, barrigudo y de malas pulgas. El chiste frecuentemente es picante por eso lo llamamos “chile”, guardando las relaciones que de inmediato sugiere el fruto conocido con este nombre. De aquí que el pudor, la moderación, sean sacrificios en el deseo de chispear la anécdota con los toques maliciosos de la picaresca tica. Los viejos, a pesar de sus canas y ojeras, a pesar de los años pasados con la espalda al sol y la frente en el surco, ríen de buena gana, y a su vez, siguiendo el humor de la peonada, se enderezan y encienden un puro en vez de secar el sudor, pues con los años parece que se secan las lágrimas y el sudor de estas gentes; en esta postura ensartan una historia, que venga

o no al caso, van relatando punto por punto, citando años, meses y días, describiendo personas y consignando parentescos, remitiendo los oyentes a cuanto difunto hay para que éstos sirvan de testigos, con la consabida frase: “si viviera la finada pa, que ustedes se lo preguntaran”. Todos callan, y si la historia no es tal, sino leyenda de espantos y brujas, recibe una total aprobación, como que se trata de cosa indiscutible.

El resto del tiempo es pesado; el sol echa llamas y la tierra se pone como ascua, el aire no sopla en ciertos lugares sino que permanece en una calma entontecedora; los pobres peones mudos, como medio dormidos, sudando a chorros, con los brazos y la cara cubiertos de polvo, continúan la tarea sin descansar, obedientes a sus propias necesidades.

Llegada la tarde, suponiendo que aquel día haya sido de verano, pues los días lluviosos son una verdadera calamidad, van de camino a sus hogares un poco mustios quizá por el cansancio, pero siempre comunicativos. Cada cual lleva al hombro su pala, su sachó y su morral, con un buen cuchillo atado a la cintura; van descalzos, uno tras otro, por lo que les decimos “patillos”. Una vez en sus casas, se desborda la “olla”; una mano cariñosa saca las raciones que coloca en el moledero; cada uno hala su banco, lo medio acomoda y en poco tiempo engulle el plato de sopa, la verdura y lo que la Providencia regale a los estómagos de estos honestos campesinos. Los “güilas” comen en el regazo de la madre. Debajo de la mesa tienen su festín los pollos, las gallinas, el gato y el perro. Pasada la comida se conversa algo, y luego cada cual sale de la cocina. Así termina el día de trabajo.

Los que cuidan del ganado son, generalmente, buenos madrugadores, recios para soportar los climas fríos, las escarchas de la altura y los ingratos temporales que en los últimos meses del año azotan la casi totalidad de las zonas lecheras del país. Estos no sacrifican a sus compañeras. Ellos mismos van hacia el fogón con el cuerpo todavía tibio por el calor de los toldos y “gangoches”, encendiendo el fuego para hacer la “bebida”. Luego se “echan a la pampa”, potrero adentro en busca de las vacas. ¡To, to, to, to!, las vacas emergen de la oscuridad con paso tardo, mugiendo a sus recentales y olfateando el zacate. Hay que correr un poco; se escapan los terneros, se resisten las novillas y los caballos forcejean por meterse al establo. Poco a poco amanece; las “mancas” aprietan las patas de las vacas, los terneros se ahorcan por mamar la postrera y los baldes se llenan de leche hasta desbordarse. Antes de soltar las vacas se les llenan las canoas de pasto y luego se llevan al potrero. Tras esto, viene el aseo del establo, la cura de los animales, el arreglo de los pastizales y todas las menudas ocupaciones propias de esta industria.

Hay que agregar a estos trabajos otros más variados que se realizan en casa. Nuestros campesinos gustan ocupar sus ratos de descanso con alguna entretención manual. La mayoría son “remendones”, es decir, saben un poco de casi todos los oficios; con instrumentos herrumbrados, serruchos destrozados, martillos y cepillos con hojas desbocadas y formones entre gubia y barreno, confeccionan los cuatro muebles que integran el menaje de nuestras casas pobres. Albañiles son también, y cuando viene una situación apurada, unos “novios”, por ejemplo, o la fiesta patronal, la cual se declara en abierta guerra contra pulgas, cucarachas, alepates y todo bicho viviente que tenga su morada entre rehendijas y tablas podridas. La mayoría de los hombres saben cocinar; a veces sazonan mejor las comidas que las mujeres, si bien no economizan tanto como ellas. Los aperos de labranza, yugos, timones, ruedas de carreta y algunas curiosidades menudas, son obra de los llamados ratos perdidos y de la laboriosidad.

La vida propia, la facilidad de medios para llevar una vida desahogada es hoy patrimonio de pocos. La propiedad particular ha ido cayendo paulatinamente en manos de finqueros capitalistas; en realidad, cada vez son menos las familias del campo que poseen una pequeña heredad, libre de gravámenes. Las pocas familias que retienen sus bienes llevan una vida descuidada; muy pocas son las que logran aumentar el capital, pues acostumbradas a “pasar” de sus vacas y pequeñas milpas, han hecho hábito de vida este sistema rutinario y no se preocupan de lo demás.

Estas familias tienen hijos que no difieren de la peonada; ningún distintivo manifiestan, ni en el traje, ni en el habla o las costumbres; trabajan como cualquier peón y cuando terminan el trabajo propio siguen trabajando al jornal en cualquier parte. No se explica uno para qué querrá esta gente el dinero; pasan diez y veinte años, mueren los viejos, quedan los hijos, ya hechos hombres, se sacan, vienen más hijos, y siempre la casa del abuelo igual; el mismo corral, el mismo patio de tierra, la misma “tranquera”; la “caserona” oscura; las paredes mugrientas; todos respirando el aire de otros días como si en aquella casa nadie se muriese; el tiempo no logra cambiar en mucho estos tipos avenidos con todo, sin ambiciones ni ideales; son frecuentes los que regresan a la masa pobre por falta de acometividad en el trabajo o porque al crecer las familias se consumen las reservas inmovilizadas años de años en el armario de cedro. Sin embargo, es justo observar que este tipo tiene que variar un tanto en nuestros días. Las dificultades económicas en que se encuentra el país van despertando de la somnolencia a estas gentes acostumbradas al pensar antiguo; se observa un nuevo espíritu en los muchachos que, deseosos de sostener

su posición semigamonal, arriesgan algo de sus haberes en cualquier empresa modesta. Estos son los que generalmente atienden al comercio de aldeas y pueblos mayores, los que controlan casi toda la vida económica con cierto tino que les garantiza una clientela adicta a sus urnas y buen trato.

Pero una vez que se consolida “el punto”, todo está arreglado; ni más propaganda, ni más iniciativa comercial; vuelven la somnolencia y el descuido. Unos pocos de estos jóvenes estudian y alcanzan cierto desarrollo intelectual, pero si al cabo tornan al pueblo, desaparece como por ensalmo el ligero toque de instrucción que recibieran: la monotonía aldeana pone en desuso lo que se estudia y memoriza en el ambiente académico de nuestras escuelas y colegios.

El gamonal es un tipo más pintoresco aún, aunque actualmente ha variado mucho por las influencias cada vez mayores de la vida urbana; quedan, no obstante, buen número del tipo clásico, tal como nos lo escribe de literatura costumbrista. Los nuevos tipos, francamente van perdiendo mucho al modernizar el traje, la etiqueta personal, las costumbres y entretenciones, el desapego al pueblo y hasta el orgullo pedante que suele darles el trato con los políticos de oficio y las influencias que por su medio adquieren.

En cuanto al tipo tradicional, podemos hacer la siguiente descripción: es un hombre de estatura mediana, entrado en años, *gordo* las más veces, con obesidades exageradas, aunque los años y las enfermedades suelen consumir sus grasas, eliminándoles así los distintivos de la buena vida. Viste chaqueta, con cuello de pana, pantalones amplios con bolsas de “piqueta”, camisa aseada y relumbrona, pañuelo de alegres flores, anudado descuidadamente a la garganta, sombrero siempre de “pita”, grande y de ala en barquillo, zapatos de vaqueta y suela “chirrión” las “bolsas” con sabrosos rollos de billetes, lleva anteojos y pañuelo grande de “chinilla” para hincarse en la iglesia los domingos. Los demás es verle caminar con las manos cogidas por atrás, despacio y sereno como el más venerable de todos los viejos del pueblo. En el habla es dejoso y no muy listo para sorprender la malicia ajena, pues no advierte la burla de quienes le rodean, que quiera que no, ríen las excentricidades, sencilleces y “*rajonadas*” de la legua con que recibe y atiende a quienes le visitan. Para ciertas cosas es espléndido o “*rajao*”, sobre todo para el culto religioso; con sus vecinos quizá más tacaño que caritativo, aunque su mujer suele ser blanda, propensa a la conmisericordia.

El otro gamonal, el modernizado, no se diferencia más que por el traje, y esto los domingos, pues los demás días no soporta andar con capa,

anteojos, zapatillas de tacón alto y demás aditamentos que la ciudad le ha enseñado a vestir para aceptar o disimularse su rusticidad, que la “fineza” es más sinónimo de buen vestir y oler que de refinamiento interior. Las costumbres son las que acentúan en él las variantes que le diferencian del gamonal neto. Ya no pasa su vida apegado a la rutina aldeana anda a la caza de los placeres variados que proporciona el dinero. Frecuenta los clubes donde pueda codearse con señores y señoras de capirote. Gasta el lujo de viajar en carros de último estilo; no pocas veces desprecia a una mujer propia, la buena esposa que vive allá en el pueblo dedicada a los honestos quehaceres del hogar, por la frívola dama de salón, gastadora y casquivana que exige enormes sumas de dinero para conservar su reputación entre sedas y perfumes, bailes y reuniones sociales.

Y no son pocos también los que, crecidos por la lisonja que musita a sus oídos algún charlatán explotador de las bajas pasiones políticas, dan en pretender algún puesto distinguido, siquiera sea una curul congresil, en donde lucir la amplitud de su abdomen o los pujos aldeanos por resolver, —que no resolver— los más arduos problemas administrativos. Otros son más comedidos, y con una noción exacta del lugar que les corresponde, viven en la ciudad dedicados al trabajo, intensificando sus empresas agrícolas y gozando de la estima de todos. No dan traspiés ni dilapidan sus fortunas, saben aprovechar los centros culturales y a ellos llevan sus hijos, que, al ser educados en colegios, cambian sus modales rústicos, adquiriendo poco a poco la convicción de que el saber abre las puertas de la vida y así realizan muchos de ellos estudios en el exterior. A la vuelta del tiempo estas familias han sido ganadas por el ambiente urbano sin que pueda nadie identificar su procedencia, a no ser que algún viejo malicioso lo cuente entre comadres.

Las anteriores descripciones nos permiten observar ciertos detalles íntimos en la vida de nuestro pueblo, mediante las explicaciones y aclaraciones que da el género de ocupación de cada tipo.

En primer lugar, la vida laboriosa del bracero, su constancia, deja ver una naturaleza resistente y robusta que aun cuando no reponga a satisfacción el desgaste muscular, es capaz de sostenerse lozana y alegre. Es sufrido, demasiado sufrido, su temple es casi heroico; la pobreza, la enfermedad, la falta de alimentos, las grandes incomodidades soportadas en sus viajes para buscar trabajo, todo cuanto constituye su patrimonio doloroso no alcanza a desesperarlo. Mucho, muchísimo adoctrinamiento cristiano en el dolor es lo que mantiene este silencio, esta calma, este dejo de alegría atenuada en que vive gran parte del peonaje.

Sin embargo, creo que a no ser cierta conformidad hereditaria, ya se habría apoderado la impaciencia de todos. Acostumbradas las familias a nacer y morir en el mismo piso de tierra, en la misma choza llovediza, al calor de los mismos tizones y abrigados por las mismas hilachas, pasando hambres y enfermedades, como cosa natural e irremediable, cada cosa natural e irremediable, cada generación se acomoda desde la niñez a estas privaciones y la costumbre forma luego el hábito del silencio, de la tolerancia, de la indiferencia, hasta el extremo de que cada uno cree ver en ello la voluntad de Dios, inclinando la cabeza, indiferentes a la vida y al mejoramiento que se puede lograr por el propio esfuerzo.

De otra parte, el trabajo agrícola da un profundo sentido a la vida de nuestro pueblo, identificándolo con la naturaleza. El paisaje que por todas partes anima y vivifica a nuestro país, hace que el individuo parezca indiferente a las bellezas del trópico, como si careciera de sensibilidad estética, pero creo que no seríamos exactos si así lo juzgásemos. La ley fisiológica de que nuestra sensibilidad sólo aprecia diferencias podría aplicarse en este caso, porque de ver todos los días tantos amaneceres radiantes, tanta belleza de colorido en el cielo y en la vegetación; tantos ríos de aguas espumantes, tantas flores y pájaros de vistosísimos colores tantas noches, de azul y oro, o de plata y encaje sutil, parece originarse un espíritu indiferente que pasa ligero sobre lo que le rodea. Sin embargo, quien se adentre un poco más en el alma campesina, quien observe cuidadoso nuestro modo de ser, puede constatar que en el fondo no somos así. El apego hogareño, el amor intenso que el campesino siente por su suelo, por su aldea y lo difícil que se le hace abandonarlo cuando tiene que emigrar a otras zonas en busca de trabajo, en un resultado de los muchos incentivos con que el ambiente moral y físico teje la malla psíquica, encontrándose entre éstos en un primer plano las atracciones tácitas que la naturaleza ejerce sobre el hombre. Mediante el proceso de la ideación aparece lo externo, lo material, como símbolo de lo interno, sugiriendo todo un mundo de recuerdos, de pensamientos que, al abarcar la razón y el sentimiento, sacuden toda la personalidad. Así, el paisaje que suscita recuerdos de todo orden, aparece como término del proceso de la ideación con un matiz de cariño, de apego hacia él, suscitando por la ley psíquica del interés, un mayor goce de su contenido estético. El sentido valorativo, ciertamente, no adquiere mucho desarrollo, pero al cabo no es necesario allí donde se exhibe la perfección unida a la hermosura sin límite. Los extranjeros que nos visitan y algunas personas cultas que vuelven al país después de algunos años de ausencia, se duelen de esa indiferencia,

para ellos casi salvaje, de nuestro pueblo. Han recorrido el mundo y con el cambio de impresiones, fuente inagotable de placer según Aristóteles, es natural que traigan un espíritu más curioso, y cierta novedad de criterio, de sensibilidad; de modo que al tropezar de nuevo con el derroche paradisiaco de estos lugares, no encuentran término a su locuacidad, ni comparación que sintetice tanta belleza. Entre tanto, los otros pasan mudos, casi sin mirar, sin expresar inquietud por lo que día y noche les rodea. Pero unos y otros sienten; la diferencia está en que a unos se les escapa el placer que reciben por la puerta verbal que deja abierta el entusiasmo, en tanto que a los otros no; unos ven pasar prodigios de forma y de color que quisieran aprisionar en sus retinas, otros los llevan siempre en el alma y por eso callan, ellos mismos son un simple detalle en el paisaje, en tanto que aquellos, menos identificados con la propia o la extraña naturaleza, son espectadores que aplauden y celebran la vida, la armonía insuperable de nuestro paisaje.

La vida llena de fatigas en el trabajo hace que el hombre aprecie el tiempo, disponiendo de él honradamente, como si se tratase de algo sagrado que no debe ser menospreciado. Nada hay más efectivo para inculcar hábitos de economía y honradez, como las labores de campo, donde las privaciones y los rigores de todo género aquilatan el valor exacto del tiempo. Semana tras semana, día tras día, se trabaja infatigablemente, pues de este trabajo depende el pan del hijo y de la madre, la camisa y el pantalón, la medicina y el entierro.

En cuanto a los que no están obligados a tantos sacrificios por el goce de sus recursos económicos, es natural que presenten otras modalidades. Así, los que disponen de una mediana riqueza, vienen a ser como tipos intermedios entre peones y gamonales. Participan del carácter de ambos. De los primeros tienen el ser hombres trabajadores que no arrugan la cara a los trabajos más rudos cuando se presenta el caso. Sencillos son en el vestir y moderados en los goces de la vida; no gastan tonos, ni echan la casa por la ventana; una casa cómoda y una mesa abundante dan la impresión de su holgura, además de los chiquillos sonrientes, graciosos y lozanos que encarnan la felicidad de todo hogar.

Este tipo juzga la vida tranquila y serenamente. Nada grande ni pequeño le preocupa. En todo se amolda a los consejos de la madre anciana y del difunto padre, construyéndose un programa de vida fácil, con muy pocas ideas, aunque sí con rebordes prácticos innegables. En el estilo popular se transmite de generación en generación del catecismo que resume en fórmulas prácticas y pintorescas la opinión que sobre la vida tiene

o debe tener todo hombre, y en forma especial este tipo bonachón que estudiamos, el más característico de todos porque representa lo que es el tico exento de miserias y libre de los muchos cuidados que impone la riqueza en grande escala. Al través de estas máximas se observa una fe ardiente y firme, un temple como de acero para soportar las inclemencias de la vida, una disciplina en el hogar a base de autoritarismo violento, al mismo tiempo que cierta flojera ingénita en lo que pide combatividad, disciplina, tenacidad, progreso individual. Se les puede achacar carencia de nociones definidas en su vida moral y religiosa y descuido en el cultivo integral de las virtudes cristianas; pero es posible que la ignorancia sea la causa de que no posean a fondo las verdades religiosas necesarias para dar al individuo un mayor apego a la vida, un mayor espíritu de progreso y una mejor comprensión de su cometido social.

■ EL GAMONAL Y SU SENTIDO DE VIDA

Los que podemos llamar gamonales netos, se caracterizan por variantes propias. Estas variantes se notan en su fisonomía marcadísima e inconfundible. Tal apariencia no es meramente pintoresca; en el fondo, el gamonal es hombre de indiscutibles y definidas influencias aldeanas; eje de la vida rural siente su valer y trata de imponerlo.²⁰ Esto le da ese aire majestuoso, ese estilo reverencial en sus maneras y esa convicción arraigada de que todo el mundo sabe quién es él y cuánto tiene de capital. A veces llega a creer que es obligación de los demás el que lo conozcan por el simple relumbrón de sus monedas.²¹ Ni los pujos del cacique, ni el orgullo que siente de sí mismo, han podido moverle a hacer cosas grandes, a emprender nuevas explotaciones, a salir de la rutina, a renovar los métodos de cultivo que heredó de sus bisabuelos.²²

20 "Con el señuelo del gamonal pudo atrapar el Jefe Político las de todos los principales vecinos de San Miguel, porque ñor Juan arrastraba siempre la opinión de sus paisanos entre los cuales gozaba fama de prudente y honrado". Ricardo Fernández Guardia, "Cuentos Ticos", pág. 106.

21 En cierta ocasión un joven cantante me contaba cómo uno de estos gamonales, queriendo contratarle para que cantara en unas fiestas patronales, fue a buscarlo a la casa. La madre del joven, como no lo conocía, le preguntó el nombre a fin de dárselo al hijo cuando volviera. ¡Ah, nos contestó el gamonal, dígame que es el que casi hizo la iglesia del pueblo. Ya sabrá quién soy con estas señas! Y efectivamente, las señas eran inconfundibles.

22 La siguiente observación cuadra tanto al pequeño propietario, como al gamonal: "Careciendo de la vigorosa iniciativa que despierta la libertad individual y el gobierno propio, nadie se atrevía ni se atreve a encarar empresas arriesgadas que, si salen bien, pueden improvisar

De estos defectos proviene la indiferencia que siente por las obras de mejoramiento social, pues fuera del templo, ninguna institución o corporación de utilidad pública goza de los recursos del gamonal. La muerte lo sorprende en el trabajo, pues este hábito jamás se olvida entre nosotros,²³ pero ya es raro que ésta ejerza alguna influencia en su corazón. Son muy pocos los que en este último trance, a la hora de manifestar su última voluntad, se acuerdan de hospicios, hospitales, escuelas y demás asociaciones de caridad.²⁴ Creo que por razones de comodidad, imitación y aparatosidad la caserona de antaño va cayendo en desuso, construyéndose cada rico una nueva casa de no muy mal gusto, con las comodidades ordinarias que ha introducido la ciudad, aunque a nuestro juicio *con poco confort* unas y otras. Pero al menos estos detalles manifiestan alguna novedad en sus apolillados criterios o, siquiera, en el de sus esposas e hijos, novedad que facilita en mucho el aseo, el buen gusto y el avance hacia las normas de la vida moderna.

En cuanto a los que a “jalonazos” de sastre y habilidades de zapatero se han tallado el frac y las zapatillas lucientes, atraídos por los oropeles del llamado, con redundancia urbanísima, mundo social, poco o nada hay que decir: en el fondo son gamonales mondos y lirondos deslumbrados por el repentino cambio de paisaje. Acostumbrados al ambiente rústico donde todo parece quieto y callado, donde las preocupaciones de orden personal disminuyen en razón directa del género de trabajo es natural que sufran en el ambiente urbano una desagradable confusión. En primer lugar, los usos, las costumbres de la ciudad chocan con la libertad y llaneza del campo; el descuido en el vestir y el comer no se toleran impunemente en el salón aristocrático, y todos los demás conceptos ancestrales sobre la vida y el mundo experimentan una fuerte sacudida que no tolera el

fortunas colosales. La educación egoísta, el sopor en que sistemáticamente ha permanecido la voluntad, inclinan desde luego a la formación que podríamos llamar sedimentaria de los capitales. A tal punto se cree que el esfuerzo propio es impotente para formar grandes fortunas que cerca de cada hombre opulento hay siempre una leyenda: que sus riquezas se deben a “pacto con el diablo”. Salvador Mendieta “La Enfermedad de Centro América”, pág. 40.

23 “El labrador que posee una fortuna de 10.000 dólares y más, trabaja con el machete (gran cuchillo plano) en su hacienda como el pobre trabajador, envía a su mujer e hijas con frutas al próximo mercado y no se desdén de guiar él mismo su carreta con el chuzo al hombro delante de los bueyes, para bajar hacia Puntarenas en la estación seca, cuando falta trabajo en las haciendas después de la recolección del café, cuando falta trabajo en las haciendas después de la recolección del café y se emplean numerosas carretas para su exportación”. H. Polakowsky, “La República de Costa Rica en Centro América”, año 1877.

24 “Los ricos de nuestros días, sólo por excepción, legan su nombre y su dinero a una obra de bien común. Los más viven indiferentes a las necesidades ajenas, y mueren preocupados con la idea de asegurarse que sus herederos reciban el capital, libre hasta de los impuestos que, la ley destina a fines caritativos”. Mario Sancho, “Costa Rica, Suiza Centroamericana”.

alma sencilla sin la gracia del vicio de la pasión desenfrenada, de la misma ignorancia que no logra penetrar la delgada capa de seriedad o hipócrita filosofía con que se justifica la superficialidad del gran mundo. A la postre el gamonal pierde las virtudes heredadas; su criterio evoluciona hacia un concepto más positivista de la vida, donde la libertad se limita a escoger la mayor cantidad de bienes posibles con el menor trabajo; es decir está a un paso del libertinaje y a mucha distancia de la sobriedad tradicional de nuestros mayores. No otra es la razón de que algunas fortunas hayan sucumbido, sin ton ni son, en los momentos difíciles de baja en la vida económica del país; sin que nadie supiera cómo aquellos señores habían dilapidado gran parte de sus bienes y cuando se percataron *tuvieron la necesidad de la hipoteca y el préstamo*, perdiendo a la postre su independencia a manos del insaciable acreedor.

DIVERSIONES

Agrupados los labradores en vecindades más o menos grandes y teniendo necesidades mutuas, se les hace imprescindible un centro de reunión donde entretener las horas de descanso, viendo y oyendo lo que ni ven ni oyen en el hogar, en el campo de labranza. La pulpería viene a ser el lugar hacia donde converge la gente moza y la anciana, la chiquillería y gran parte de la población femenina. A ella se llegan en son de comprar el cigarro, el trago o los artículos alimenticios. La simple conversación y las tonadas que se oyen allí acompañadas por las sonoras guitarras criollas son un aliciente poderoso que atrae y hace olvidarlo todo. La pulpería es el lugar por excelencia donde se reúnen los campesinos, haciendo provisión de comestibles, chistes, hablillas, noticias para el negocio y el trabajo, recados de mozos enamoriscados, y de guaro, esa bebida que unas veces entontece y arrebatata la razón y otras sacude los espíritus enervados encendiendo las imaginaciones adormecidas.

El interior de la venta es sencillo. En un espacio cerrado se exhiben los objetos de tienda, botica, ferretería y abarrotes; al frente de las urnas se sientan en bancas de madera los que acuden diariamente a curiosear; los escaparates atestados de sacos, escobas, ropa hecha y ollas provocan a los bolsillos más empedernidos; la presencia de las botellas indica el lugar separado en que se venden los licores. No hay más decoración que los flecos de largas varas de chorizo y los artículos de talabartería y zapatería puestos al lado del arroz, los salmones y las sardinas.

Detrás de los mostradores el vendedor va de un lado para otro mostrando los artículos solicitados. Generalmente, estos empleados son

jóvenes de agradable presencia; como están acostumbrados a tal ambiente, conocen la vida y milagros de medio mundo, insinuando su conversación por el lado que más agrade a su cliente. Unas veces recuerdan la muchacha con que éste o aquél sueñan y deliran, otras el caballo mañoso que tumbó al vecino; a los de acá recuerda lo que se les dijo de la Fulana o del Fulano; a los de allá, lo que nadie sabe de la familia de enfrente; aquí van relatando los incidentes del baile; allí, la fiesta de *novios* (boda), con cuanto detalle se desee. La vida entera del pueblo se ventila y critica a la luz que sobre ella vierten don Rafael o don Paco, los dueños de establecimientos que forzosamente deben saber de todo porque leen los periódicos, oyen la radio y son amigos íntimos del señor cura; en caso de que dichos señores no entren en la conversación, los guasones y maliciosos, los “leídos y prendidos”, sientan cátedra sobre los sacos de maíz y de frijoles.

El tipo del narrador campesino suele aparecer con bastante frecuencia en este ambiente de cordialidad y entusiasmo. Recuerdo uno que relataba hazañas personales y cuentos de sabor netamente folklórico en una pulpería de Santa María de Dota. Era un arriero que había pasado quince años en los terribles caminos de El General. Su estatura era mediana; enjuto y muy huesudo; la cabeza con pelo abundante y ensortijado; el perfil aguileño con dos ojos despabilados que eran de pura malicia, atizados con una ligera llamita de alcohol; todo el cuerpo era movimiento y expresión, como si el chiste y la leyenda le escarabajearan las carnes. Sus historias eran pequeñas hazañas acometidas en los momentos apretados, lances amorosos con ribetes donjuanescos, patrañas de sabor picaresco, mentiras de proporciones imposibles, visiones y leyendas de todo género, con que dejaba boquiabiertos, alælados o muertos de risa a los que le oían.

Fuera de este tipo realmente pintoresco, no quedan sino los charlatanes y burladores de todo género, que sin donaire hablan y ríen groseramente, haciendo víctimas de sus “*guasas*” a todo el mundo, con desconocimiento de las más elementales normas de dignidad.²⁵

25 Juzgo acertado trasladar aquí las siguientes líneas del Profesor Carlos Monge Alfaro, donde señala el “choteo” como síntoma de una psicosis crónica no sólo del campesino, sino de todos los costarricenses. Dice así: “Analizando la sensibilidad del costarricense, observamos lo siguiente: todo individuo tiene frente a la vida una actitud de “choteo”. ¿Qué es el choteo? Es una actitud de burla que todo lo deshace, que todo lo desintegra convirtiéndolo en nada. El choteo en un no hacer caso, tomar las cosas sin seriedad, sin penetrar en su esencia para evitar responsabilidades de criterio. Chotear es negarlo todo: tanto lo valioso como lo no valioso; desaparece así todo sentido de armonía de síntesis en los valores de la cultura y de lo humano. Como es una posición hasta cierto punto agresiva que encierra desconfianza, y como es actitud constante frente a la vida, más perjudica que beneficia. En arte, literatura, filosofía, ciencia, se admite y hasta se exige la crítica, que es análisis consciente; señálame errores, equívocos, pero se destacan elementos valiosos. En cambio, el choteo destruye. Desgraciadamente

Este ambiente regocijado constituye uno de los focos principales de intercambio social en la vida aldeana. A ella llegan y de ella salen, como en un mercado de valores, ideas consejos, prejuicios, noticias de todas partes, nacionales e internacionales, todo cuanto solicita el espíritu y el estómago del pueblo. Allí aprenden los niños más de lo que quieran saber los viejos; allí se enteran los muchachos de mil pormenores de cocina, allí los viejos de las novelerías chocantes de los tiempos. Es interesante observar que la radio es uno de los mejores medios para incrementar el progreso cultural de los aldeanos. La música atrae y congrega actualmente dos tantos más de gente que en tiempos pasados; es que aislados como viven los campesinos, sin espectáculos que diviertan, se entregan de lleno al único que se les brinda gratis y a todas horas. Además, eso de oír todas las tardes lo que ocurre en los cuatro ángulos de la tierra, sin necesidad de leer ni escribir, eso de saber lo ocurrido en las más apartadas zonas del país, es cosa que llena de curiosidad, y por lo mismo, conquista la atención de todos. Desgraciadamente se abusa de esa atención: hay mucho de chocarrería, bobería y relajamiento moral en los programas que se transmiten, además de que no parece lógico remedar al concho para divertirlo; esto es cerrar el círculo de las cosas nuevas a las miradas ávidas de conocer y adelantar; en vez de darles un espectáculo digno, se les ridiculiza y degrada el teatro y las actitudes de su propia vida, con el único fin de divertirlos. Es necesario que los programas se elaboren bajo un plan de ilustración y de verdadero entretenimiento, por el cual estos diálogos sean más adecuados para introducir novedades al conocimiento, sin que sea necesario ofender el pudor y la vergüenza del público sencillo que escucha.

La música que se ejecuta en estos programas está contagiada de idénticos vicios, porque si se trata de música estrictamente popular, se confunde lo folklórico con ese género artificio que la moda cinematográfica hace pasar como regional. Creo que si se desea renovar y explotar las posibilidades musicales propias, es necesario despertar en el campesino el verdadero sentido de la música criolla, hoy atenuado por tanta cancioncilla histérica y estupefaciente que se cuela como el polvo por todas partes.

De todo lo dicho sobre la pulpería, se sigue que ésta no es un centro en que busque satisfacer alguna finalidad concreta. Cada cliente llega todas las tardes arrastrado por la costumbre. Quizá hace años que frecuente día con día esos lugares. Así esté muy cansado o enfermo, no puede

en Costa Rica, con esa misma base espiritual se enjuicia lo que de verdad debe ser objeto de burla y lo que fundamentalmente es valioso y profundo". – "Geografía Social y Humana de Costa Rica", pág. 25.

acostarse sin antes dar una vuelta por este sitio embrujado. Hay algo raro en tanta asiduidad, tanta afición por cuatro urnas y un pequeño círculo de conocidos. Nuestro campesino se encariña fácilmente con cualquier novelería y, como niño engreído, se olvida de todo, hasta del sueño y la comida, por oír el relato de cualquier patraña.

Este modo de pasar el tiempo se explica, de un lado, por la necesidad de descanso y divertimento, del otro por la pereza que lo caracteriza, de buscar deportes sanos que requieran algún esfuerzo de atención. Hasta hoy nada ha logrado interesar al concho. Ninguna idea elevada, ninguna preocupación cultural ha podido remover esa pereza mental, ese desdén con que desde niño ven la vida propia y la del conglomerado social circundante. El trabajo, es su criterio, es necesario *“para ganarse los frijoles”*; por eso hay que trabajar, pero más allá de esto no hay nada. Con tales antecedentes, es fácil comprender cómo encuentra deleite y ciertas atracciones fuertes en la reunión de parroquianos decidores, charlantes, despreocupados y aun vividores que pululan en las pulperías. En efecto, este es un ambiente deletéreo, pues, no se oyen más que chácharas y bur-las de la más baja moralidad. Además, la libertad y el atrevimiento con que se habla, dejan al desnudo un modo de ser y de pensar que permite aquilatar el valor espiritual del campesino; se observa aquí un tipo medio que carece de refinamiento moral; puede decirse que es bueno, trabajador y cumplido en sus obligaciones materiales de familia, pero flojo de conceptos dignificadores; casi todos gastan el mismo lenguaje soez y chabacano, la misma malicia corrompida. Cuesta trabajo consignar estos hechos al referirnos a quienes quisiéramos ver trocados en guardianes de las rancias costumbres patriarcales de hace cincuenta y más años. Pero en verdad, nada nuevo de novelería chocante, hay en las ciudades que no se conozca y practique en los campos, preguntad a cualquier conchito por esas calles de desventura que habitan las prostitutas y acto seguido os conducirá hasta ellas. Ya casi no hay pueblecito, por pequeño que sea, que no las tenga, a imitación de la capital.

Concluyamos estas observaciones diciendo que la pulpería, si a ratos proporciona solaz y entretenimiento al hombre de campo, es a cambio del dinero que de él recibe y de buena parte de prostitución de alma, degradándole por la vulgaridad y desfachatez que allí imperan, por más que la anime el donaire chispeante, el ingenio vivo y la fantasía exuberante de nuestro pueblo, tan lastimosamente extraviado por la radio, el licor y los modelos de inmoralidad que a diario le llueven de la propaganda comercial política y antirreligiosa que trae de la ciudad hasta el polvo de sus zapatos.

De la pulpería salen organizados los bailes y en muchos casos, iniciado el “jaleo”. Asunto de primera necesidad es el baile para los jóvenes y como resulta fácil improvisar orquestas de cuerda con una guitarra y una “mandolina”, pronto se resuelve el problema alquilándose un salón o solicitándose el permiso de bailar en casa de algún amigo. Allí las muchachas y algunas viejas se repliegan de un lado y los muchachos de otro; rompe a sonar la orquesta bullanguera y alegre y cada mozo busca su pareja de baile; el ritmo se insinúa con marcados movimientos de cuerpo, conforme lo destaca la guitarra. Esta favorece en mucho el baile, porque fácilmente se hacen los pasos, marcándolos distintivamente con un ligero golpecito de pies, que da la nota característica regional, estimulando el espíritu con saltitos alegres y vivos. Hay cierta dignidad en los movimientos, reflejados en los rostros por contracciones especiales; casi nadie conversa, bailándose ceremoniosamente como si se estuviese ejerciendo un trabajo delicado o una función de gran respeto.

Las muchachas se engalanan el pelo con flores; claveles, rosas, “varitas de San José”, pensamientos, y se visten con la sencilla zaraza de vivos colores. Como rara vez tienen oportunidad de alternar con los mozos del pueblo, no pierden la zarabanda, que por motivos especiales suele rematar en jaleo; por idénticas razones no queda mozo en el pueblo que no acuda bien plantado. Allí hay oportunidad de bailar con quien se quiera y de “echar algunas conversaditas” a escondidas, que preparen el terreno a la simpatía, al enamoramiento o al amor definitivo. Ya terminado el baile, desfilan las parejas, lámpara en mano, por las oscuras calles del pueblo hasta la casa de cada muchacha; allí, bien resguardada por tías y hermanos, se dicen las últimas palabras: tal es la forma como se entabla el jaleo o el noviazgo entre nuestros campesinos. Si todavía queda la cosa algo dudosa, los recaditos surten un buen efecto porque atizan la llamita escondida, esquivando la vigilancia paterna, luego, por causas que se adivinan, vienen los encuentros imprevistos —la muchacha va a casa de la amiga y de pronto irrumpe el mozo, sin saber que ella estaba allí— hasta que los padres, justamente alarmados, obligan a la inquieta pareja a conversar bajo techo. Vese entonces al mozo solicitando “la entrada”, fijando el término de su regocijado noviazgo dos o tres meses después de visitar asiduamente la casa de la novia. A poco hierve la puchera y toda la vecindad recibe en sus narices el tufo reconfortante de carnes, bizcochos y “picadillos”, convidando a los “novios” de quienes se conocieron el año anterior en el baile celebrado el día de Santo Patrón.²⁶

26 Debo hacer la observación de que el jaleo no siempre se desenvuelve como antaño, bajo el alero paterno; malicioso y calculador al joven busca pretextos y logra citas donde no lleguen las

ACERCA DEL AUTOR



Luis Barahona Jiménez nació en Cartago, Costa Rica, el 21 de abril de 1914. Estudió en el Colegio San Luis Gonzaga. Ingresó a la Universidad de Costa Rica en 1941, mismo año de la reapertura de esta casa de enseñanza. Licenciado en Filosofía y Letras en 1945 con la tesis *“El Gran Incógnito”, visión filosófica del campesino del Valle Central costarricense*. Además, entre otros, publicó *Al margen de Mío Cid* (1953), *Glosas*

del Quijote (1953), *Primeros contactos con la filosofía* (1952), *El ser hispanoamericano* (1959), *Filosofía Griega* (1966), *Ensayos, ideas y paisajes* (1972), *Ideas Estéticas en Costa Rica* (1973), *Anatomía Patriótica* (1974), *La patria esencial* (1980), *Ensayos* (1981) y *La inteligencia comprensiva* (1987) y *La Universidad de Costa Rica* (2015).

Desde sus inicios literarios, la dimensión humanista constituyó el eje principal en sus ensayos literarios, filosóficos, estéticos, políticos y sociológicos. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, España, graduándose con honores, con la tesis, *El ser hispanoamericano* (1959). Catedrático de la Universidad de Costa Rica, publicó más de 15 libros.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



PENSAMIENTO
POLÍTICO
COSTARRICENSE

EDITORIAL
UCR

200
BICENTENARIO
INDEPENDENCIA
COSTA RICA

Esta selección de textos filosóficos pretende honrar el trabajo del Dr. Luis Barahona Jiménez, el cual incluye su primer libro publicado en 1945, *El Gran Incógnito*, hasta su último texto inédito, *El gran incógnito iberoamericano*, nombre que se le da a este tomo.

En este tomo se le presentan al lector las principales creaciones filosóficas del autor, sus verdaderas pasiones de la filosofía, la política y la ética, las cuales fueron trazadas desde muy joven en una búsqueda de la comprensión del ser costarricense hacia el ser latinoamericano, con sus paradigmas de soberanía, independencia, justicia y libertad. Dicho trabajo posiciona al autor como un constructor de pensamiento propio, de identidades culturales y políticas; así como un constructor de espacios nuevos y originales de reflexión filosófica y de alternativas políticas y culturales sobre el bien común y la justicia.

Además, se establece un diálogo con filósofos de diferentes generaciones, puesto que su obra es presentada por el filósofo Arnoldo Mora Rodríguez y comentada por Jaime González Dobles, Roberto Castillo Rojas, Marcela Echandi Gurdíán, Hernán Mora Calvo, Luis Adrián Mora, Esteban Rodríguez Dobles y Alexander Jiménez Matarrita.

ISBN 978-9968-46-881-7



9 789968 468817